

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 4 de Julio

No. 13

Año XXIII — No. 941

Sumario:

Revaluación de Almafuerite Adolfo Mitre
Teoría de Almafuerite Jorge Luis Borges
La guerra simple y la Guerra Profunda Waldo Frank
Auri sacra fames Víctor Lorz
Meditación ante la Virgen de las Orquídeas Ysola Gómez
Simbad

Retrato del Fausto aimara Fernando Díez de Medina
Augusto D'Halmar Marta Brunet
Problemas Americanos, por el Dr. Eduardo Alvarez Alejandro Alvarez
Suite del oleum lini G. Laporte Soto
Simbad
Hispano América Raúl Zamora Brenes

Cuando hace cinco lustros—el 28 de febrero de 1917—se apagó la vida de don Pedro B. Palacios, el país tuvo la sensación de haber perdido a un gran poeta. El pueblo sufrió como un desgarramiento vital el tránsito de quien habíase erigido en su apóstol, y voces estremecidas de congoja y de orgullo entonaron su loa en términos de admiración suprema. Hablóse del "genio" y de Dante y de Shakespeare... y entre tanto y tanto ditirambo un concepto apareció con insistencia de "motivo conductor" de exaltación tan inusitada: la posteridad, aureolándolo de gloria, resarcería al bardo de la ingratitud de sus contemporáneos y rendiría así póstuma justicia a su espíritu excepcional.

Esa ingratitud era, en realidad, un tanto relativa, pues el poeta gozó en vida de una popularidad como probablemente no conoció otro escritor argentino; la casa en que habitaba había sido ofrendada por sus admiradores y, para no ser menos que la provincia de Buenos Aires, la Nación acababa de otorgarle una segunda pensión vitalicia. La Cámara de Diputados votóla por aclamación, tras un torneo oratorio único en nuestra historia parlamentaria. Discurso hubo de un joven adalid político en el cual llamóse al bardo: "hombre hecho sacerdote, sacerdote hecho dios, dios hecho armonía, armonía mecieniendo las almas como una tempestad la cabeza negra de los montes...", palabras que, entre otras muchas, fueron pronunciadas en medio de un condigno frenesí de aplausos.

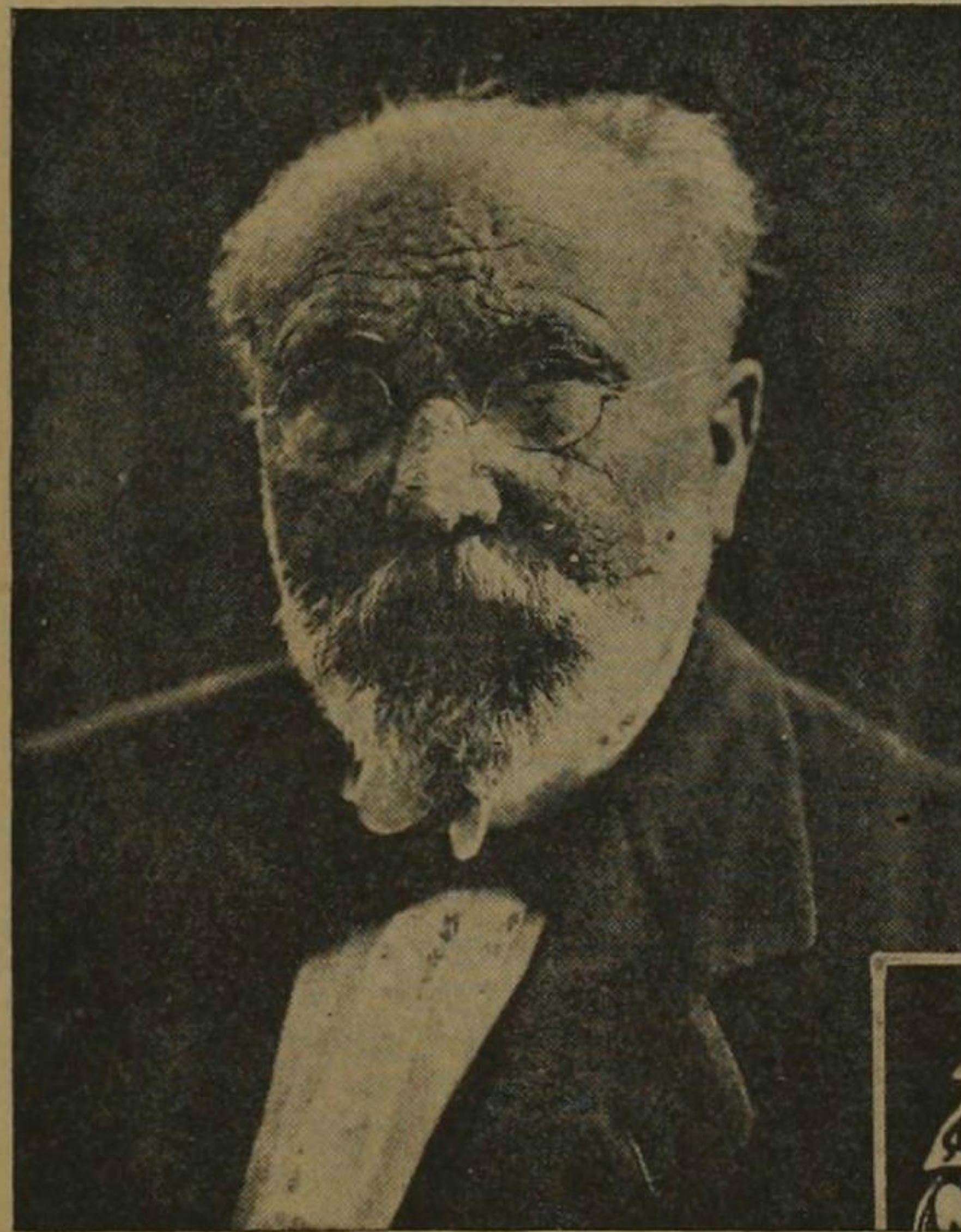
La posteridad, en cambio, no demostró mayor celo en cumplir la misión reparadora que tan entusiastamente le fue asignada, y el nombre de Pedro B. Palacios, y hasta su sonoro seudónimo, han ido cayendo paulatinamente en el olvido. Verdad es que su casa de la ciudad de La Plata ha sido convertida en museo y que la munificencia del Estado proveerá la próxima edición de sus obras completas, pero a la consagración oficial de su memoria habría preferido sin duda el cantor de "la chusma" la persistencia de su espíritu en la emoción popular, que sólo esto podía contar para el vociferador airado contra las glorias académicas.

En vida los más estrictos estetas lo

Un poeta y su posteridad

Revaloración de Almafuerite

(De La Nación, Bs. Aires, 22 de febrero de 1942)



Pedro B. Palacios
(Almafuerite)

negaban, y a los pocos años de su muerte crítico tan ponderado como Julio Noé lo excluye de su "Antología de la poesía argentina contemporánea". Por el contrario, la novísima "Antología poética argentina" de Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares ábrese con poemas de nuestro bardo, de quien dice el primero en el prólogo de la obra: "escritor olvidado con injusticia, hombre que hubiera sido en plena barbarie el fundador de una religión, en plena civilización un Butler o un Nietzsche..." Encuéntrase hoy Pedro B. Palacios, por lo tanto, en el punto crítico en que el inesperado tributo de respeto de un linaje de escritores, más inclinado a la dilucidación prolija que al encomio, puede salvarlo en el presente para lo porvenir.

En arte, pervivir un cuarto de siglo es asegurarse la perennidad, y el

revés del aserto tiene aún si se quiere valía más cabal. En el vigésimo quinto aniversario de su muerte cabe, pues, determinar, escrupulosamente los méritos por los cuales esa figura de nuestro pasado literario puede proyectarse hacia un futuro sin fin. Desde un punto de vista histórico, su personalidad montará siempre como expresión postrera de una modalidad colectiva que consubstanciaba la vocación lírica con la predestinación apostólica. De tal suerte Pedro B. Palacios prolongó en nuestro país la concepción trascendente del vate, y ello deparó a su personalidad humana su prestigio legendario, pero a la vez adulteró su talento poético con la propensión estentórea. Sintióse filósofo y profeta quien sólo poeta era, y su obra aparece contaminada por el anheloso equívoco.

En el proceso de autosugestión obró principalmente, por cierto, el es-

píritu de la época. Era un sencillo maestro de escuela rural, cuarentón e ietraído, cuando *La Nación* publicó en 1893 su primer poema. Por título llevaba un interrogante, por firma la afirmación jactanciosa del seudónimo, y las esmeradas estrofas revelaban, sin duda, una sensibilidad lírica auténtica y un pulcro sentido del arte:

*Comezón de vivir, de ser siempre,
de escalar de una vez la montaña...
¿Quién os puso en la sangre? ¿Qué
[objeto
tendrán los deseos, tendrá la esperanza?
Cuando vivan la vida sin muerte,
perfectas y eternas y libres las rezas,
¿volverán otra vez a la sombra
como antes malditas, como antes esclavas?*

Es lo mejor—a nuestro entender—que Pedro B. Palacios haya escrito, y en el bullente y generoso Madrid finisecular Emilio Castelar leyó el poema y lo reprodujo en *El Globo*, llamando a su autor "el gran poeta anónimo de la lengua castellana..." En aquellos días felices, en los cuales los acontecimientos que perturbaban a la humanidad eran el estreno de una drama de Ibsen o la aparición de la última novela de Zola, imponíase que el insólito elogio al compatriota ignorado, formulado por una de las más luminosas inteligencias de Europa, conmoviera al pueblo argentino. Pedro B. Palacios continuaba enseñando el abecedario en una escuelita del campo entretiano, mas para la expectación patriótica era ya el elegido del destino, y hasta su obscuro magisterio le asignaba en el país de Sarmiento el nimbo de un personaje de Tolstoi, ungido para más con el alma profética y la misión nacional de un Guerra Junqueiro o un Carducci.

De tal suerte el hombre convirtióse en mito y el mito comenzó a torturar al hombre. Así como para Cocteau "Victor Hugo était un fou qui se croyait Victor Hugo", Pedro B. Palacios se creyó Almafuerite en todo el significado heroico del vocablo y en toda la sugestión mística de su fama. Fué ése probablemente le motivo de su perdición artística, pues en este caso el mito distaba algo de la realidad, pero la inmensa